



¿Por qué no?

Mercedes Ruiz

Las puertas del autobús se abrieron y el quejido lanzado por el viejo y destartado vehículo al llegar a su destino, la despertó del pesado sueño.

Era la única pasajera, quién si no iba a viajar a esas horas en que las zapatillas se adhieren como chicles al asfalto. Aun así, la diferencia de temperatura con la ciudad era evidente, coger el primer autobús para la sierra había sido una sabia decisión.

Sacó su mochila del portaequipajes, se colocó el sombrero de paja y con un vago ademán se despidió del conductor al ver que éste maniobraba para emprender el camino de regreso.

Una vez a solas, giró sobre sí misma y vio que la estación no era más que un pequeño garito que además, por si fuera poco, se hallaba cerrado a esas horas.

Arrastró sus cosas buscando cobijo bajo la sombra, pero un ennegrecido y desgastado techo de uralita no conseguía sino envilecer aún más el aire, causando una sombra sofocante.

Observó un gato tiñoso moviéndose entre los rastrojos. Resultaba imposible pensar con ese calor. El tiempo parecía haberse detenido. De pronto, el violento paso de un camión por la carretera levantó una nube de polvo que le hirió en los ojos y la arrancó del letargo.

Martina levantó su pesado macuto del suelo y echándoselo al hombro comenzó a caminar en dirección al pueblo. Un rudimentario cartel con la indicación de “800 m.” al principio de la empinada cuesta, la hizo odiarse por no haber sacado aún el carné de conducir. Por suerte, a los pocos metros se adivinaba un túnel verde de mimosas, jacarandas y chopos, cuyas hojas, movidas por la brisa, brindaban al ambiente una agradable sensación de frescor.

El pueblo estaba desierto. A esas horas, ni los chuchos se dignaban a echar su siesta por allí. Sólo algunos ruidos que se filtraban por las ventanas cerradas a cal y canto, delataban que aquel lugar no había sido evacuado por una repentina y terrible epidemia y que alguna forma de vida se atrincheraba en sus casas.

De una de ellas provenía una melodía que le resultaba familiar; ¿sería la sintonía de “Dallas” o “Dinastía”? No recordaba con exactitud, pero le traía a la memoria la sensación de estar tumbada en el sofá, toda la familia impávida frente al televisor, intentando pasar con el mínimo esfuerzo las horas de más calor.

Ante otras ventanas escuchaba cómo sacudían los platos, habrían comido y ahora se dispondrían a echar la siesta. Pero fue ante la del rumor de una batidora donde se permitió su primer descanso y reposando sobre un escalón de

piedra, disfrutó del frescor que de su zaguán emanaba. Allí se dejó llevar y soñó con un “ayran” fresco y cremoso deslizándose por su garganta seca. Aquel batido de yogurt, tan simple y delicioso. Qué daría en estos momentos porque alguien le sirviera uno.

Iba a ser difícil encontrar algún lugar abierto, pero decidió seguir caminando por las desoladas calles en busca de alguna pensión donde descansar.

Llegó a una bonita y típica plaza, con sus bancos, pequeños árboles y una fuente. Sentada en el lado de la sombra, llamó su atención una de las casas que tenía en frente sobre cuya portalón de madera se leía en letras grandes: *Escuela de Música*. Instintivamente, Martina se llevó la mano a su espalda y sufrió un vuelco en el corazón: “¡Mi guitarra! ¡El autobús!”, pero al momento recordó que por primera vez se había obligado a sí misma a viajar sin su instrumento; aparcando por un tiempo su trabajo y alejándose de la disciplina diaria que su profesión le exigía, esperaba recuperar la ilusión que últimamente había perdido.

Esa tranquila plaza debía ser el centro del pueblo, de ella emanaban varias calles en todas las direcciones posibles y escogió la más estrecha y recoleta de todas para continuar su búsqueda, además, el camino era cuesta abajo, lo cual constituía un argumento nada despreciable a esas horas de la tarde.

Aquella calleja empedrada parecía conducir al final del pueblo y la proximidad de las huertas la obsequiaba con un agradable frescor. Caminando por ella, recordó Martina cómo de niña odiaba ese momento del día en el que le obligaban, junto a sus hermanos, a permanecer en su habitación sin hacer ruido, pero afortunada había sido de que en su país no se prolongara por tantas horas como en éste. Decidió llegar hasta la salida y buscar en las afueras la sombra de una higuera donde esperar a que transcurriera la eterna siesta que parecía gobernar aquel pueblo. En ese momento, una melodía de nostálgicos violines evocadores de otros tiempos rompió el silencio del lugar; una voz sugerente y seductora de mujer cantando en alemán, consiguió acabar con la realidad del momento.

Todo parecía provenir de la última casa del pueblo. Conforme se aproximaba, le pareció reconocer la letra. “¡No, no podía ser, Ute Lemper

cantando canciones de Kurt Weill! ¡Recorría 3.000 kilómetros y llegaba a un lugar donde sus habitantes escuchaban lo mismo que sus vecinos alemanes! Al menos, esa música siempre conseguía ponerla de buen humor.”

* * *

De pronto, un fuerte olor a canela y limón la hace ensordecen.

Siguiendo su olfato llega hasta una casa de piedra, de allí proceden la música y ese olor a pudín de arroz como el que su abuela le preparaba de niña. Recuerda la voz de la abuela. Es ella quien canta allí dentro mientras prepara la cena y Martina va a entrar corriendo con su cartera y sus coletas desechas a darle un beso, pero... “¡Es absurdo, mi abuela cantando en alemán!”.

Por un momento ese olor le ha hecho perder la noción del tiempo y la realidad. Lleva tantos años viviendo allá, que por un instante ha confundido sus orígenes. También parece haberse olvidado de que hace ya mucho que la perdió.

Se recuerda de niña, corriendo a hundir la nariz en los faldones de la abuela y abrazada a su regazo, sonreírle con ojos dichosos y agradecidos porque de nuevo ha pensado en ella, aunque todos se sienten a la mesa a comer, ese postre lo ha hecho sólo por ella.

Su abuela, la única capaz de entenderla. Aquella familia donde los hombres se sentían en poder de decidir la vocación y el futuro de las mujeres.

“Las clases de música te ayudarán a encontrar mejor marido, te elevará ante sus ojos, pero tienes que estudiar algo digno de una mujer honrada. El mundo del espectáculo conduce a la mala vida y una mujer respetable no puede dedicarse a eso. ¡Vergüenza de hija!, ¡Vergüenza de hermana!”.

Siguiendo los consejos de su abuela consiguió una beca para estudiar leyes e idiomas en Alemania, y una vez allí, aprendió a llevar una doble vida donde el engaño constituía un verdadero arte que llegó a manejar con increíble destreza. Falsificaba notas, diplomas y certificados. Para las vacaciones de verano, dejaba a un lado la guitarra y pedía prestado libros de texto sobre derecho y leyes que mostraba a los padres cuando los visitaba en su país.

Sólo la abuela había sabido de sus concursos internacionales bajo el nombre de Martina Valente -cómo rieron las dos buscando un seudónimo sonante que le fuera bien con su personalidad-, ya no sólo para evitar ser reconocida por su familia cuando se presentó a un concurso en un lugar vecino a su ciudad natal, sino porque el sonido y la escritura de su nombre original, eran totalmente impronunciabiles para cualquier europeo.

Sólo la abuela, había sido cómplice de sus esfuerzos por pagarse los estudios, de sus glorias y fracasos. Sólo a ella, pudo confiarle la historia con aquel joven y apasionado profesor, con quien conoció la dicha y el desamor con tal intensidad, que fue sólo después de haber vivido y sufrido de aquella manera cuando fue capaz de llegar a las profundidades del corazón de sus oyentes, haciendo, una noche, llorar a su abuela todo su atesorado pasado, a solas, en su cuarto, después de que la anciana le pediera como en tantas otras ocasiones, que tocara algo para ella.

Aquellos engaños terminaron el día en que recibió un telegrama notificándole la muerte de su abuela. En aquel momento, dejó de existir una razón para regresar a su país.

Tantos esfuerzos, tantos sufrimientos para convertirse en lo que siempre soñó, para ahora descubrir que eso no bastaba. Por muy bien que hablara el idioma, por muchos amigos que la rodearan, siempre sería una extraña, jamás podría hundir sus manos en esa tierra aún nueva y árida para ella. Le faltaban los colores, los olores y los sonidos de su infancia. Había algo en su país adoptivo que poco a poco la iba desposeyendo de su personalidad, le causaba una especie de entumecimiento emocional.

Martina apretó la mandíbula para que la bola que le atravesaba la garganta no se le deshiciera y derramara por los ojos. Volvió a fijarse en la casa frente a la cual se había detenido. De una de sus ventanas colgaba un letrero con una indicación. Fijó la vista pero no entendía el significado de aquellas palabras. Con la ayuda de su pequeño diccionario descifró que ofrecían trabajo. Se miró de nuevo en el cristal. El vidrio le devolvió un rostro cansado, el pelo le caía reseco y polvoriento a los lados. No sabía cuánto tiempo llevaba allí parada, pero el peso de la mochila le estaba desollando la piel.

Golpeó la aldaba de la puerta y esperó. Una mujer salió a recibirla.

- ¡Pasa hija, con el calor que está cayendo y tú así de cargada! ¿Vienes por lo del trabajo? ¿Quieres tomar algo fresquito?

Ya dentro de la casa, Martina señaló el cartel de la ventana y con dificultad para expresarse, dejó muy claro que no hablaba el idioma. La mujer, haciendo ademanes de gran esfuerzo, le indicó que se desprendiera de la mochila y pasara a la cocina.

- Aquí estamos más fresquitas.

Le acercó una silla y le ofreció un vaso de fresca limonada. Marina tenía el rostro desencajado por el calor.

- Estaba haciendo un arroz con leche para el postre de la cena, entre nosotras, más bien para mi nieto, pero aún está muy caliente. Seguro que no has comido desde hace horas...a ver... qué te podría ofrecer. .. Podría prepararte un gazpachito mientras te cuento lo del trabajo. Hay que ver, estos jóvenes aventureros...os olvidáis de que hay que alimentarse y luego...

Martina la observaba moverse por la cocina. Gesticulaba graciosamente mientras hablaba.

Era una mujer de rostro afable. La serenidad y elegancia de sus rasgos hacían aún posible imaginar la belleza que, orgullosa, debía haber exhibido en su juventud. La luz de su mirada reflejaba un alma satisfecha. Una sencilla túnica de lino que cubría elegantemente su cuerpo y unos pendientes de colores que adornaban coquetamente su rostro, sugerían un pasado extravagante y aventurero.

- En la cocina del Refugio de Peter no caben los nervios ni las prisas, por eso sólo abro por las tardes y servimos un menú de cuatro platos que varía cada noche. Comida y aventura, uno no sabe qué va a comer aquí, ni lo que le va a costar. No hay un precio fijo, y son los clientes quienes deciden lo que quieren pagar, según valoren lo que han comido y bebido. Es una idea alemana, sabes, pero no te preocupes, siempre se van muy contentos y suelen ser generosos.

La risa de la mujer sacó a Martina de sus fantasías.

- Yo no alemana, yo Martina, vivo alemana y hablar alemán, pero yo no alemana, yo de muy lejos.

- ¡En Alemania! Entonces entiendes lo que canta esta mujer. A mi querido Peter le encantaba. El era alemán, pero yo de idiomas...

- Siempre temí que al expresarme en otra lengua, sus extrañas palabras me despojaran de todo cuanto soy, me robaran el alma. Por eso no quise aprender.

Tomó la mano de Martina y la condujo por la escalera que ascendía al piso superior.

- Mi Peter y yo compramos esta casa hace muchos años y abrimos este pequeño restaurante. Mira, éste será tu dormitorio y al lado está tu baño. Seguro que estás deseando darte una buena ducha.

Martina sonrió. Desconocía aquel idioma, pero creía entender el significado de lo que aquella mujer le decía.

La habitación era realmente agradable. La luz entraba a raudales por el amplio ventanal que se abría al sur, a las huertas, al extenso valle. Asomada a él vio la terraza donde estaban dispuestas las mesas del pequeño restaurante. Sábanas de hilo cubrían una antigua cama de madera blanca. Las paredes irregulares y el suelo de barro, envejecido por los años, conferían calidez y vida al dormitorio.

Se sintió como en casa, en la casa de su infancia, antes de que su madre cambiara, antes de que empezara a acudir a ese grupo de fanáticas religiosas, mucho antes de que se convirtiera en su peor enemiga, mucho antes de que la obligara a dejar de ser quien era, de que pretendiera anularle su voluntad y su vocación, aludiendo a una falsa e incomprensible moral que ni ella ni su abuela jamás fueron capaces de entender.

- Era la habitación de mi hijo, pero él ya tiene su propia casa y no viene más que a dejar al niño, que ahora mismo está dormidito en mi cama. Mi hijo habla alemán, claro. Siempre lo habló con su padre, pero después de lo que ha ocurrido, quizá no quiera volver a hablarlo jamás en su vida.

La mujer se disculpó, debía continuar con el trabajo. Martina quedó a solas en la habitación. Sentada sobre el colchón deslizó una mano por las finas sábanas de hilo, disfrutando de la suavidad y el frescor que el delicado lienzo transmitía a su piel. Cerró los ojos. “¿Por qué no...por qué no?”- pensó.

La mujer, de nuevo enfrentada a los fogones, se preguntaba si, de haber tenido una hija, la relación entre ambas se hubiera deteriorado tanto como en el caso con su hijo.

Estaba preparando una suave bechamel para añadir a la base de unas exquisitas croquetas de rabo de toro -su especialidad-, cuando sintió a Martina bajar por la escalera. La ducha había relajado las facciones de la muchacha, antes ligeramente duras. El pelo, húmedo y brillante, le caía partido en dos formando suaves ondas hasta la mitad de su espalda y por debajo de su pecho.

Con un ligero y bonito vestido veraniego, se presentaba Martina a su primera tarde de trabajo. Aún disponían de tiempo antes de que llegaran los primeros clientes.

- Mira, a esta mezcla le puedes añadir un cuarto de nuez moscada, así será más aromática y, de paso animaremos a nuestros clientes, es bastante afrodisíaca -comentó la mujer divertida.

En la cocina de la casa, a pesar de los acontecimientos, la tarde transcurría con naturalidad. Martina se desenvolvía con soltura. En un momento, pidió permiso a la mujer para poder utilizar algo de yogurt que había en la nevera. Batió dos partes de la crema con una de agua y hielo, rebuscó entre las especies hasta encontrar vainas de cardamomo verde. Abrió una de ellas y desprendió las negras semillas que encerraba, liberándose todo su oriental aroma por la cocina. Añadió una pizca de sal y volvió a batir. Llenó dos vasos con el líquido blanco. El suyo lo dejó tal cual, pero el de la mujer lo decoró con unas hojas de hierbabuena, que arrancó de una maceta que había en el alféizar de la ventana.

- Ayran, de mi país -le ofreció con ojos contentos.

La mujer bebió y le gustó aquella mezcla de sabores. La chica parecía proceder de algún país árabe, aunque por sus rasgos podría pasar por una

italiana o una chica del sur de Francia. Parecía inteligente, encerrar alguna historia interesante. Seguro que aprendería el idioma rápidamente.

Una enorme mesa de cerezo sobre la cual la mujer había dispuesto varios platos con ensalada de naranja y bacalao, ocupaba el centro de la cocina. La chica los ojeó con agrado. En un cuenco próximo, descubrió pistachos crudos. Volvió a pedir permiso y salteó en una sartén un puñado de ellos. Una vez enfriados, los machacó ligeramente y buscó la aprobación de la dueña para poder espolvorearlos sobre una de las ensaladas.

- Por qué no, hoy haremos fusión -y las dos rieron sin saber muy bien por qué.

Llegó la hora de preparar las mesas para la cena.

- Cuando Peter estaba aquí, él se encargaba de este trabajo, además de atender a los clientes, claro. Le encantaba charlar con ellos, y ellos disfrutaban y reían con sus historias. Era maravilloso. Sólo hay algo que nunca podré perdonarle, que se haya ido antes que yo, dejándome aún tan viva para amar.

Martina percibió una sombra en los ojos de la mujer. No sabía de qué le hablaba, pero pensó que a todos nos rodean nuestros fantasmas y tarde o temprano, averiguaría cuáles eran los que por allí merodeaban.

Martina disponía las mesas con gracia y originalidad. La mujer la observaba y apreciaba pequeños toques innovadores. Por un momento pensó que, paradójicamente, aunque no hablaran el mismo idioma, con la chica resultaba la comunicación casi más fácil que con su propio hijo.

La tarde caía y el frescor del río comenzaba a pasearse entre las mesas de la terraza.

Hacía ya rato que los clientes disfrutaban de la comida y Martina se defendía bastante bien en su primer día. La mujer, relajaba la vista en el paisaje de la ventana mientras liaba las croquetas para el día siguiente. Su pequeño nieto estaba terminando de cenar en la cocina y bromeaba con la chica cada vez que ésta entraba a cambiar los platos.

Adivinó a lo lejos la silueta cabizbaja de su hijo aproximándose por el camino que ascendía del valle. *“Desde que lo dejara aquella alemana nunca había vuelto a ser el mismo. Se había tornado un hombre huraño, impermeable a cuanta belleza y cariño le rodeara.”*

* * *

El hijo apoya la mano en el marco de la puerta.

- Hola, madre.

- Hombre, tú por aquí. El niño acaba de salir a jugar a la calle.

En ese mismo instante, Martina se cuela apresuradamente por debajo del arco que forma el brazo del hijo con la puerta y deposita unas fuentes sobre la mesa. El hijo observa con sorpresa a esa muchacha de delicadas manos que diestramente retoca y da un sello personal a los platos que su madre ha aderezado previamente. A la madre no parece importarle. Inclineda sobre la mesa, los largos y oscuros cabellos de Martina impiden al hijo estudiar y juzgar con la libertad que desearía el rostro de la muchacha.

Martina se coloca varios platos en los brazos y vuelve a salir cargada, no sin antes posar una mirada curiosa en ese atractivo chico que hay apoyado en la puerta.

El hijo se acerca al fogón, destapa la olla y respira el aroma que cuece ahí dentro. Se gira y examina todo el espacio que encierra la cocina. Percibe que algo ha cambiado, todo es distinto.

- ¿Está esto siempre tan lleno?

- Hijo, ya te dije que las seis mesas que tengo, están reservadas para todo el verano.

Ya me iba pesando pero hoy, mira por dónde, se me ha aparecido un ángel.

Prosiguen unos segundos de silencio, sólo se oye el borboteo de la cazuela a fuego lento y el rumor de los clientes en la terraza. La madre, concentrada en preparar los platos para el postre.

- ¿Te vas ya para casa, hijo?
- No, creo que hoy cenaré contigo.

Y pasándole ligeramente una mano por la cintura, pregunta:

- ¿Tienes otro faldón para mí?
-